

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XI.

DIRECTOR PROPIETARIO:
Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:
Todos los suscritores.

NÚM. 472.

MURCIA 7 DE MAYO DE 1899.

La Juventud Literaria

ALGO SOBRE LA MUJER

Y analicemos ó minemos bajo otro punto de vista anatomizando la multitud de desventajas que tiene la mujer desde sus primeros años.

La necesidad imperiosa obliga á muchos padres á arrancarla prematuramente de los centros de enseñanza donde por ser gratuitos, se creen con derecho á limitar su instrucción todo lo posible.

Colocan á una pobre é ignorante niña en un obrador, donde empieza su martirologio ganando penosamente y después de algún tiempo de irretribuida explotación, un real diario, teniendo que ejercer el mayor servilismo, porque todos la mandan y acosan, tomándola por monigote de fácil manejo.

Y así, paso á paso, va siguiendo su penosísimo camino dejando entre las zarzas de la terrible explotación todo el vigor de sus anémicas fuerzas, sin tener otras nociones del mundo y la sociedad que las que recibe, y aprende entre sus compañeras de faena tan expertas como ella, porque sujetas diariamente al improductivo yunque, solo pueden aventajarla en aquello que su inclinación y sus instintos propios las dicten. Y como su primera instrucción fué brevísima y altamente defectuosa le queda solo tiempo suficiente para olvidarla por completo.

Así que educada y seleccionada por sí, respirando por todo estimulante el infecto ambiente de muchas veces ante-higiénicos tabucos, donde forzosamente germinan, crecen y se desarrollan multitud de ideas y pensamientos de índole distinta, donde suele suceder que la manzana podrida corrompe á su sana compañera, lo general es que la mujer que desgraciadamente tiene que sujetarse por necesidad y exponerse á la mayor explotación de su trabajo, desconozca el precioso mar que en torno suyo se agita, y el abismo conque á cada paso tropieza en su penosa carrera por este mundo que también llamamos sociedad.

Por eso muchas de esas mujeres sucumben como inocentes palomillas á la astuta garra del «Milano» que la soborna > embabuca con sus sediciosas palabras y especiales amañes, formando ante sus ojos solo acostumbrados al trabajo, y á su raquítica é insana vivienda, un cielo de iris interminable, el oropel de fantásticas delicias, haciéndola soñar con mansiones desconocidas

para ella, con cariño, que es el ideal de la mujer, y que no la profesan, ni ella misma puede sentirlo porque la escasez y la miseria hasta esto la regatea.

Al hombre le sugestionan aprovechar en su beneficio, todas las críticas circunstancias de la mujer, sin mirar el grandísimo perjuicio que arrastra consigo la seducción de astuta serpiente que se disfraza bajo sugestivas formas.

¡Cuanta incógnita levanta el edificio de su felicidad sobre arena movediza, cuando un soplo de aire derriba su incimentada solidez!

Y si el hombre pensando noblemente trata redimir á la mujer en vez de postergarla, remediaria en mucho el inmundo cancer que hoy carcome la sociedad evitando victimas sin cuento que se revuelven en pestilente lodazal. Pero en vez de esto saborea una segunda explotación, haciendo que grave sobre la conciencia de la mujer todo el peso de la culpa que la hizo cometer, y que su ignorancia no supo evitar.

Muchos hombres y no pocos que ya caminan hacia la decrepitud ya pedían dignificar á la mujer cuando una honrada familia, tienden á envilecerla fascinándola con faustas promesas y halagándola tiernamente.

¡Y cuantas veces unas reciben golpe mortal por los innumerables desengaños, y otras lloran amargamente el pecado á que han sido inducidas, y no pocas sufren en miserable boardilla donde aquél desigual techo que antes le agobiaba, aquella raquítica ventanilla (que la ambición del propietario se cree con derecho á escatimar todo lo posible para arreglar hasta el oxígeno, según el producto) que tanto horror la causaba, parécenle mucho para su pequeñez!... Ella que estando tranquila y resignada en su trabajo la habían hecho soñar en fantásticas ilusiones!...

¡Y si en lo que estriba la cimentación del mundo, el amor, es un niño grande y la mujer su muñeca! ¿qué podemos esperar?

Si muchos hombres despejándose de bastardas pasiones tratasen de fecundizar y vigorizar el problema de la mujer empezando por suprimir las humillaciones de que es víctima, distinguiéndola según es acreedora y alejando de ella la indigna explotación de que es objeto, veríamos surgir el fruto de germen benéficos y regeneradores.

Pero sacarlos á ellos de ese marasmo estóico conque miran todo lo concerniente á la mujer, es á su juicio arrebatarle su soberano poder, evitando que seamos valiente de sus caprichos.

Así que jamás la mujer conseguirá adelantarse un paso más hacia el progreso.

Porque pareciendo á un ilustradísimo escritor diremos:

«Aquí para vivir en santa calma
é sobre la materia, ó sobre el alma»

DOLORES S. BELMONTE.



EL BAUTISMO DE UN ANGEL

Madre y madrina el nombre discutieron;
este sí y este no,
entre los más bonitos escogieron,
y el de Angela triunfó.

Prepararon después las blancas galas,
puras como el altar.
¡Tierna paloma, la sobaban alas
para poder volar!

Dormida la vistieron y dormida
con sus galas quedó.
Despreciaba las pompas de la vida
y no se despertó.

La vanidad no anda en la inocencia,
y no se quiso ver.
¡Ya amargará el orgullo su existencia
cuando llegue á mujer!

Dormida, sin recelo y sin enojos
por las calles cruzó.
Pero al llegar al templo, abrió los ojos
y alegre sonrió.

La lámpara que brilla en santa calma
del crucifijo al pie,
hizo llegar al fondo de su alma
el rayo de la fé.

Contempló embebecida el crucifijo
que llenaba el altar,
y al verle ensangrentado y triste y fijo
casi rompió á llorar.

Sus miradas en todo se fijaban:
unos ángeles vió:
creyó que sus hermanos la llamaban,
y otra vez sonrió.

A la santa capilla la llevaron
donde el bautismo dan,
y sobre su cabeza derramaron
el agua del Jordán.

En vez de sollozar se sonreía,
agradeciendo el bien.
Es que miraba que el Señor le abría
las puertas del edén.

La que judía entró, salió cristiana.
Llevaba de la cruz
la aureola divina y soberana...
¡No quería más luz!

¡Se la volvió á su madre: sonreímos;
la besamos los dos,
y fué tan dulce el beso, que creímos
que nos besaba Dios!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

BORRADOR

Señor Don...

Muy señor mío:

Porque he dicho—y no varío—
que huele usted siempre mal,
me propone un desafío,
que es una cosa brutal.

Lo que yo he dicho, también
lo han dicho ya más de cien
y de la misma manera
porque usted no huele bien,
y eso lo nota cualquiera.

Y si piensa usted a abar
con cuantos quiere un hablar
de un defecto, tan ingrato,
va usted á tener que matar
á todo el que tenga olfato.

Lo que he dicho, y he retiró,
no es para darle ese giro,
ni ponerse de ese modo
y empeñarse en darme un tiro
y beber mi sangre y todo.

Si yo le hiciera á usted caso,
era seguro un fracaso,
que iba á darnos que sentir.
¡Dígame A pistola y á un paso...
Pues á ese paso... ¡á morir!

Si usted con gusto se inmoló,
yo tengo una vida sola
y el conservarla me afana,
y no la juego á pistola
porque á usted le dé la gana.

Buscarme tal desventura
es tan sólo una locura,
pues con morir ó matar
dígame usted, criatura,
¿qué es lo que va usted á ganar?

Si imito su frenesí
y voy al campo y allí
me deja usted patético,
aunque se libre de mí
¿olerá mejor por eso?

Pues ¡vaya! y si el lance afronto
y, al fin, en cólera monto
y soy yo su matador
¿no comprende usted que pronto
olerá mucho peor?

Y aun eso, sin advertir
que el lance le iba á servir
de mayor contrariedad,
porque no iba usted á morir
en olor de santidad.

Ya ve usted, que al no batirme,
es porque estoy en la firme
y tengo más de un motivo,
aparte de que, morirme,
me llegaría á lo vivo.

Mas, si usted en ello se empeña
y quiere usted que haya leña,
y no atiende estas razones
y estos consejos desdeña,
allá van mis condiciones:

